

El rito en la víspera de San Juan

Al observar los ritos llevados a cabo en razón de los solsticios de invierno y verano emerge de manera inequívoca el culto naturista.

En alguna otra ocasión he señalado que en el solsticio de verano –que es el que ahora nos interesa– se dan unas condiciones favorable a la génesis y práctica de varias supersticiones, así como a la vivencia de más de un mito y a la expresión de la magia blanca.

En líneas generales, al ocuparnos del solsticio de verano, identificado entre nosotros con la celebración de la festividad de San Juan Bautista, tendremos presente al sol, al agua y al ubérrimo mundo vegetal.

San Joaneke esku baten sua eta bestean ura (San Juan, en una mano el fuego y en la otra el agua).

El hombre ha rendido siempre culto al sol, y en esta conducta podemos hallar su primera superstición. Acerca de esto, y relacionado con la fiesta en honor del Santo Precursor, San Agustín puntualiza: *Nosotros solemnizamos este día no como los infieles a causa del Sol, sino a causa del que ha hecho el Sol*. Añadiremos que el fuego nos asocia a la propiedad vivificante del sol, Calor es vida.

Con el agua no olvidaremos su factor estimulante de creación, y junto al agua y el calor solar contamos con la presencia del reino vegetal, en renovación cíclica. Renovación o fertilidad en el mundo vegetal, fecundidad en la vida animal y humana.

Es la noche de la víspera de San Juan. La hoguera que festeja el solsticio flamea en la plaza y en la calle del medio urbano, y la campana del templo parroquial repica a fiesta y participa a la colectividad rural diseminada por nuestros montes y valles la llegada del tiempo de cumplir con el rito secular del fuego. Esta fogata llameará no lejos del caserío, en el sitio más visible de sus pertenecidos o en la encrucijada de caminos, donde se confunden con frecuencia el mundo real y la leyenda.

Es un fuego, éste de la noche de la víspera de San Juan, de carácter mágico y purificador: *Sorgiñek eta lapurrek erre, garixek eta artuek gorde, se*

exclama al brincar sobre sus llamas, es una fogata que evita toda clase de adversidades. En más de una ocasión he podido escuchar que donde no encienden este fuego solsticial entra una culebra en casa.

Son varios los pueblos que en la noche del 23 de junio *plantan* el *Arbol de San Juan* o *San Joan Arbola* en el lugar más frecuentado de la comunidad.

El levantar este árbol da lugar a la celebración de costumbre, como es el caso de la villa de Ormaiztegi, donde los jóvenes toman chocolate o sopas de ajo preparados en el mismo escenario festivo, sin echar de menos el vino costeado por el Ayuntamiento.

De árbol a árbol pasará a la curación de una dolencia por medio de esta planta, siguinto práctica muy extendida en lugares tan apartados como Inglaterra, Canarias, Galicia, Mallorca, etc. Esta terapéutica mágica se ha observado asimismo en nuestro pueblo, y circunscribiéndome a mi labor etnológica de investigación de campo, tengo recogido lo siguiente:

Para curar la hernia inguinal infantil, una mujer del pueblo de Donamaría mandaba hacer un agujero en la copa de un roble.

En la víspera de San Juan por la noche tres hombres llamados Juan se colocaban sobre la rama respectiva y en derredor del orificio del árbol.

Uno de ellos cogía en sus manos al niño desnudo, y al escuchar la primera campanada de las doce lo pasaba por la abertura del tronco y lo ponía en manos de otro Juan al tiempo que le decía: *Tori Joan* (Toma Juan). Este le respondía *ekatzu Joan* (dame Juan) y dejaba la criatura en brazos del tercero, siempre a través del agujero sacado al roble, quien la recogía al grito de *¡Viva San Juan!* Y así, sucesivamente, lo descrito se hacía tres veces antes de que silenciase el tañido en repetición de las doce campanadas.

Mas en uno de aquellos años resfrió el niño y murió a consecuencia de ello, y en vista de este fatal resultado se arrumbó la costumbre recordada. El padre de mi informante fue testigo de esta conducta mágica y él mismo, por su nombre de Juan, fue invitado a participar en ella, a lo que se negó siempre.

Algo parecido me dijeron en Aranaz, donde el rito que observaban para combatir el mismo mal, era similar al que acabamos de ver. Unicamente que en este pueblo de las Cinco Villas de la Montaña Navarra se valían de un castaño en lugar del roble.

Un estimado paisano mío salía en busca de hojas de saúco o *intsusa*, al anochecer de la víspera de San Juan. El mismo día quemaba las que le quedaban del año anterior e introducía las nuevas en varias botellas cerradas debidamente. Después, en el transcurso del año, a una herida cualquiera le aplicaba una de estas hojas.

Me acerqué asimismo a un vecino de la villa de Gaztelu que recurría al saúco recogido en la tarde del 23 de junio para curar una herida o un golpe. Mas este caso y otros parecidos se dan con cierta frecuencia y nos asocian a la mañana de San Juan, nos llevan a la mañana del día más alegre del año, *cuando el sol sale bailando*, según he podido saber de algunos que lo han comprobado.

Izar eder bat
ateratzen da
urtean egun batean
urtean egun batean eta
ura San Joan goizean.



El rito en la víspera de San Juan / Juan Garmendia Larrañaga. – En : *Euskadi Kulturala: Kultur berrien aldizkaria* = revista de información cultural. – San Sebastián: Aska. – N.º15 (ekaina=junio 1991). – P. 18-19. – OC. T. 4, p. 437-439